

LA FAMILIA COMO ESCUELA DE HUMANIDAD

THE FAMILY AS A SCHOOL OF HUMANITY

por MAGDALENA SOFÍA ESTEVEZ PÍA

Centro de Formación San Juan Pablo II

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

secretaria@centrosjp2.com

ORCID 0000-0002-3191-4169

Recibido: 15/5/2023 - Aprobado: 2/6/2023

Resumen:

El presente artículo representa el tercer y último capítulo de la tesina *La familia como escuela de humanidad. Diálogo entre Karol Wojtyła y Zygmunt Bauman* que defendí en el Pontificio Instituto Teológico Giovanni Paolo II (Vaticano, 2016), teniendo como director de tesina al Pbro. Dr. Jarosław Merecki. El primer capítulo apareció en *Sit ecclesia domus* 2/1 (2022), 13-23. El segundo en *Sit ecclesia domus* 2/2 (2022), 23-31. Presentaré, entonces, la propuesta de Karol Wojtyła en considerar la familia como escuela de humanidad a modo conclusivo de lo ya tratado.

Abstract:

This article is the third and last chapter of the dissertation *La familia como escuela de humanidad. Diálogo entre Karol Wojtyła y Zygmunt Bauman* which I have discussed at the Pontificio Instituto Teológico Giovanni Paolo II (Vatican, 2016), having as director of this work Father Dr. Jarosław Merecki. The remaining chapter will be published in the next number of the scientific Journal *Sit ecclesia domus*. The first chapter was published in *Sit ecclesia domus* 2/1 (2022), 13-23. The second one in *Sit ecclesia domus* 2/2 (2022), 23-31. I will present, then, Karol Wojtyła's proposal to consider the family as a school of humanity in a conclusive way to what has already been discussed.

III.1. La familia como escuela de humanidad

En la Constitución Pastoral *Gaudium et spes* ya se puede encontrar una formulación muy concisa sobre la misión educadora de la familia. En ésta se afirma que “La familia es escuela del más rico humanismo”¹. Se aclara luego que para cumplir esta tarea debe haber benévola comunicación y comunidad de propósitos entre los esposos y la cooperación en la educación de los hijos². En numerosos escritos Karol Wojtyła propone a la familia como una verdadera escuela de humanidad. En una homilía pronunciada en Nowa Huta en 1975 proclama que la educación es la primera tarea de la familia, que fue comunicada como vocación directamente por el Creador³. A su vez, explica que “La educación es un crear al hombre, es una continuación de la generación. El hombre viene generado para ser educado, para que le sea donada la plena madurez humana”⁴. En su artículo titulado *Reflexiones sobre el matrimonio* menciona que la cultura de la persona es el núcleo de la vida conyugal y familiar. Luego añade que esta cultura de la persona debe ser aún más alta para que el matrimonio y la familia vivan su carácter humano al nivel moral correspondiente, en un contexto de cambios económicos y sociales que exige esfuerzos fuera de lo común⁵. En su artículo Propedéutica al sacramento del matrimonio expone la importancia de

Palabras clave

Karol Wojtyła – san Juan Pablo II – matrimonio – familia – educación – hijos – virtudes.

Keywords:

Karol Wojtyła – Saint John Paul II – marriage – family – education – children – virtues.

¹ CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, 52.

² Cfr. *Gaudium et spes*, 52.

³ Cfr. WOJTYŁA (1975c: 131).

⁴ WOJTYŁA, (1975c: 131).

⁵ Cfr. WOJTYŁA (1957: 127-129).

artículo *Propedéutica al sacramento del matrimonio* expone la importancia de que la educación de los hijos se dé principalmente en la familia, considerando la actividad educativa como una consecuencia natural de la generación de la prole⁶. Pocas líneas más adelante se refiere al matrimonio como poseedor de un “clima de laboratorio en el cual se forma el hombre entero”⁷. Queda manifestado cómo en el pensamiento de Karol Wojtyła cobra una fuerza particular la imagen de la familia como primer y principal lugar de humanización de la persona, donde los hijos se nutren de la humanidad de los padres. Si la familia humaniza a las personas en modo consecuente lo hace con toda la sociedad.

Esto es expresado de modo muy bello en la exhortación apostólica postsinodal *Familiaris consortio*: “La familia constituye el lugar natural y el instrumento más eficaz de humanización y de personalización de la sociedad [...] haciendo posible una vida propiamente humana”⁸. Sin embargo, en la actualidad la educación como dimensión propia de la familia está siendo cada vez más delegada a otras instituciones sociales externas al núcleo familiar. Esta situación para Wojtyła acarrea efectos devastadores para la moral del matrimonio y de toda la sociedad. Al respecto, afirma en otro artículo al hablar sobre la encarnación de Cristo que “no se ve otro tipo de estructura u otro fundamento, en el cual se podría correctamente desarrollar a pleno la personalidad humana”⁹. Esta delegación que los padres hacen de su función educadora en la actualidad es signo de la pérdida de la visión de la educación como formación integral de la persona, para ser considerada solamente como un conjunto de disciplinas que se estudian en la currícula escolar. Es necesario recordar que la tarea educativa implica participar en la obra creadora de Dios, como continuación de la generación del hijo. La donación de vida que hacen los padres al hijo no es un hecho acabado en el instante de la concepción, sino que cada día de su existencia deben donarle las herramientas necesarias para tener una vida verdaderamente humana. La nueva persona que nace tiene en sí el llamado al crecimiento y al desarrollo y los padres deben asumir la obligación y el derecho de ayudarla en esta tarea para que logre una vida plenamente humana y feliz¹⁰. Podemos concluir que, de este modo, la familia se constituye como agente social insustituible en brindar humanidad al mundo a través de la labor educativa.

III.2. La familia como cuna del amor

El núcleo familiar es fundamental como lugar primigenio donde el ser humano experimenta por primera vez el amor. En éste cada persona descubre el inmenso valor de la dignidad humana, tanto de la propia como de los otros, a través del amor que recibe. Karol Wojtyła afirma que “Es la familia el lugar en el que todo hombre se revela en su unicidad e irrepetibilidad [...] en el que todo hombre es importante y necesario por el hecho de que existe y en virtud de quien es, el ordenamiento más íntimamente «humano»”¹¹. El amor incondicional que la persona encuentra en el seno de su familia es la fuente que le revela la verdad de su humanidad y le da las herramientas para alcanzar la realización de esta misma. La clave para descubrir esta humanidad es la experiencia del amor otorgada por los vínculos afectivos propios del ámbito familiar. En un contexto donde el hogar se vuelve un conjunto de búnkeres del individualismo, según las palabras de Bauman, la familia está perdiendo la capacidad de decirle a cada uno de sus miembros cuán importante es su vida. Como afirma Sergio Belardinelli, la familia debe ser “un ‘lugar’ donde las relaciones humanas sean dirigidas a la gratuidad, al don, a un amor que implique justamente ‘la totalidad de la persona’”¹². En el hogar la persona descubre su inmenso valor gracias a un amor que no caduca, contrariamente a los vínculos frágiles que hemos descripto anteriormente, porque tiene su origen y fuente en el amor eterno de Dios. “El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible [...] si no le viene revelado el amor”¹³. Este amor se experimenta y encarna en la familia

⁶ Cfr. K. WOJTYŁA (1958b: 143).

⁷ WOJTYŁA (1958b: 143, trad. pr.).

⁸ *Familiaris consortio* 43.

⁹ WOJTYŁA (1958a: 211, trad. pr.).

¹⁰ *Familiaris consortio* 36.

¹¹ WOJTYŁA (1974: 1464).

¹² BELARDINELLI (2002: 71, trad. pr.).

¹³ JUAN PABLO II, *Redemptor hominis* 10 (trad. pr.).

como lugar primero, ya que es su origen y fundamento. Se trata de un amor que tiene su origen en la comunión de personas de los cónyuges y que se les revela a ellos mismos en la intimidad de sus corazones para luego ser donado a los hijos. Como explica *Familiaris consortio*, todos los miembros de la familia participan a su manera de la construcción de la *communio personarum*, completando y enriqueciendo esta escuela de humanidad¹⁴.

La familia se constituye entonces como lugar primario de humanización de la persona y como cuna del amor¹⁵. El amor nace en la familia porque es el primer ámbito en el que la persona es amada por sí misma al ser recibida gratuitamente como un don. Es amada sólo por el hecho de existir y se la acoge en su particularidad, la cual enriquece la *communio personarum* en la que ingresa. Este acto primero de amor es fundamental ya que la capacidad de donar amor a las demás personas está en intrínseca relación al amor recibido; y en la misión humanizadora de la persona el amor es la piedra fundamental. Desde la figura de los cónyuges observamos que, a partir del momento en que éstos reciben el sacramento del matrimonio, cada día de sus vidas se eligen mutuamente amando la totalidad de la persona del otro. Mediante una rica diversidad de actos cotidianos los esposos se donan y se reciben recíprocamente amándose y valorándose por lo que son, como ya se ha explicado cuando analizamos “la donación de uno mismo” (capítulo primero). Esto implica un amor que recibe al cónyuge en todas sus dimensiones: corporal, afectiva, temporal, espiritual, fecunda. El acto conyugal permite la mayor expresión de la integración de los sujetos. Es un amor que abarca la totalidad de la vida temporal de la persona, porque se recibe al otro hoy aceptando su pasado desconocido para uno en muchos aspectos y asumiendo un futuro que para ambos es totalmente incierto pero frente al cual se promete fidelidad y entrega. Así ocurre a su vez en el acto de donación en el cual uno se entrega por completo al otro en la totalidad de su ser, con sus experiencias vividas en el pasado y ofreciendo la incerteza del futuro. Este amor, que se encuentra en el origen de la acción de los esposos, se transforma por medio de la apertura de ellos a la acción de Dios en caridad conyugal, de modo que los esposos puedan transmitirse el don del Espíritu. El Espíritu habita en ambos cada vez con mayor plenitud promoviendo el crecimiento de la amistad entre ellos y con Dios¹⁶. De este modo, el amor conyugal es testimonio de un amor excelente que se constituye como manantial vivo que nutre a los esposos y a través de ellos se derrama sobre los demás miembros de la familia y de la sociedad.

Al pensar en la familia como escuela de amor desde la perspectiva de los hijos la institución familiar se erige como modelo de gratuita y alegre aceptación de la nueva vida de una persona desde su inicio. El hijo es visto como don amoroso de Dios Padre que merece ser acogido y amado en su particularidad, expresión del amor que Dios mismo le tiene. En su figura se ve, ante todo, a un hijo de Dios con una dignidad y libertad únicas e inviolables. El mismo es confiado a sus padres para que éstos velen por su desarrollo y crecimiento como persona humana. Cuando los esposos tienen esta visión del hijo la vida de éste ya es amada y esperada incluso antes de ser concebido. El hijo es amado por sí mismo cuando su vida es acogida y respetada como un valor supremo más importante que las situaciones particulares y económicas, su sexo o su estado de salud. Cuando el amor por su vida es superior a todos los factores que la rodean, el hijo ya percibe desde dentro del vientre materno que es amado y valorado. El primer acercamiento al amor se produce durante la vida intrauterina cuando, como han demostrado estudios científicos, el bebé ya es capaz de percibir los gestos cariñosos que sus padres tienen hacia él. Apenas nace, el niño hace experiencia viva del amor en el contacto permanente con su madre. Éste se siente amado especialmente cuando su madre satisface sus necesidades de comunicación, contacto y alimentación constante. Por lo tanto, la persona comienza a desarrollar su capacidad de amar en los primeros instantes de vida al sentirse amado y acogido por una madre que lo tiene en brazos, lo mira y lo alimenta con su pecho. A través de estas acciones fundamentales el hijo comprende que su existencia es importante

¹⁴ *Familiaris consortio* 21 (trad. pr.).

¹⁵ Cfr. JUAN PABLO II, *Christifideles laici* 40.

¹⁶ NORIEGA (2005: 246-247).

para alguien, que vale la pena vivir y que su vida tiene sentido. Estas últimas son condiciones necesarias para desarrollar la capacidad de amar porque le donan humanidad al hijo en todo su sentido, lo perfeccionan en su ser hombre, en su ser persona. Comprender que el hijo recién nacido tiene necesidades primarias que van más allá del alimento y el vestido, como la necesidad de comunicación y de contacto afectuoso permanente con la madre, es el primer paso de la tarea humanizadora de los padres. Vemos entonces que la familia se erige como escuela de amor para los hijos desde el instante de su concepción. A medida que éstos crecen van experimentando el amor en familia y son educados para éste de diversos modos según las particularidades de cada etapa de la vida. A propósito Karol Wojtyła comenta en su artículo *Amor y responsabilidad* que “La responsabilidad por la persona debe constituir un objeto particular de la educación familiar y social”¹⁷ y añade que esta educación por la responsabilidad implica justamente una educación al amor. En el caso de la familia la principal vía de formación de la persona continúa siendo el testimonio concreto del amor vivido en el hogar, como decíamos en el primer capítulo, mediante “acciones de educación”. Al respecto, *Familiaris consortio* subraya que “cada acto de verdadero amor al hombre testimonia y perfecciona la fecundidad espiritual de la familia”¹⁸. Wojtyła confirma aquello remarcando que el padre y la madre viven en la conciencia del niño como personas intrínsecamente relacionadas con el amor¹⁹.

A su vez, la familia es el lugar donde se da el primer conocimiento y acercamiento a Cristo, fuente viva de amor. Como dice Wojtyła “Las primeras palabras de la verdad de Dios, los primeros signos de salvación llegan a cada uno de nosotros sea mediante los padres sea mediante la familia”²⁰. La familia es el primer ámbito de transmisión de la fe. Los padres hacen posible a sus hijos sentir y vivir la ternura de un Dios amoroso mediante palabras y, de modo especial, a través de su testimonio con gestos concretos. Lograr que la familia sea verdadera Iglesia doméstica implica hacer presente el misterio de Cristo cada día y glorificarlo con la labor cotidiana. Esto se traduce en hacer de la vida familiar, con sus sacrificios, gozos y tristezas, ofrenda agradable a Dios. Este modo de hacer presente el Reino de los Cielos en la familia facilita que cada uno de sus integrantes crezca en el amor a Cristo y lo asuma como modelo de amor a sus hermanos. Cuando Karol Wojtyła expresa que “El Evangelio es aquel que cumple María; justamente su acción de arrodillarse a los pies de Cristo; los cabellos con los que seca Sus pies”²¹ permite comprender cómo el evangelio se cumple en la familia al inclinarse sobre los pies de Cristo en el servicio cotidiano que cada miembro hace a los demás, tanto los cónyuges entre sí como hacia sus hijos, éstos entre sí y hacia aquellos. En el rostro de cada uno de ellos está el rostro humano de Cristo, que a su vez es también Él quien con la presencia y el afecto de los seres más queridos hace sentir su amor concreto y cercano, amor que una vez que toca y se hace carne en la persona le permite transmitirlo en la sociedad y generar cambios en ella. Es en esta experiencia de servicio, en la cual se aprende el amor a Cristo en el hermano, donde se comprende cómo debe ser una relación cristiana con las personas, base de una auténtica convivencia social.

La educación en la fe comporta también la educación sobre la verdad y el bien: “es la familia, en su seno en el que el hombre recibe las primeras y determinantes nociones acerca de la verdad y el bien”²². Dichas nociones son fundamentales para formar un corazón bondadoso y una conciencia recta, indispensables para la conformación de una sociedad.

III.3. La familia como escuela de sociedad

En la educación a la humanidad un aspecto sin duda fundamental es el desarrollo de las condiciones propias del vivir en sociedad. En la familia se aprende a ser una persona que vive en relación con los demás. Es el lugar donde se establecen los primeros lazos interpersonales propios de la condición humana, que nos asemejan al Creador, quien es comunión trinitaria. En la fami-

¹⁷ WOJTYŁA (1959: 247 trad. pr.).

¹⁸ *Familiaris consortio* 41.

¹⁹ WOJTYŁA (1962: 333 trad. pr.).

²⁰ WOJTYŁA (1975, trad. pr.).

²¹ WOJTYŁA, (1973, trad. pr.).

²² JUAN PABLO II, *Centesimus annus* 39 (traducción propia).

lia la misión de personalización de sus integrantes se da también a través de la socialización de éstos. “Ser persona a imagen y semejanza de Dios comporta un existir en relación, en vínculo con el otro ‘yo’”²³. El primer confronto del “yo” con un “tú” se produce en la primera *communio personarum* que es la familia. Así como explica Sergio Belardinelli, en la familia en la que uno nace se comienza a familiarizar con el mundo que lo rodea²⁴. En ella se vive la experiencia de la fraternidad y de la socialización primaria basada en la igual dignidad de todos sus miembros. “Así la promoción de una auténtica y madura comunión de personas en la familia se convierte en la primera e insustituible escuela de sociabilidad”²⁵. Mediante las acciones cotidianas y la educación a través de gestos sencillos se enseña a los niños que están insertos en una estructura mucho mayor que ellos mismos. La familia se erige así como primera escuela de las virtudes sociales, logrando que nuevos hombres adquieran el valiosísimo patrimonio de los valores humanos fundamentales²⁶. La familia se convierte en un punto de intersección entre lo privado y lo público, que debe estar en constante relación con la sociedad. De este modo, sus miembros se desarrollan integralmente como personas y, a su vez, el ámbito social se desenvuelve en una manera más humana. Es en la familia donde se debería aprender que existe la pluralidad de intereses, que cada uno tiene libertad en su pensamiento, que las acciones de uno repercuten en los otros y que se debe buscar el acuerdo y el mejor modo de resolver los conflictos.

Como hemos visto en el punto anterior la familia es la cuna del amor. Por tal motivo, su núcleo es el primer y principal ámbito donde la persona tiene la posibilidad de generar experiencia del amor y así sentir seguridad. Al sentirse protegido y acudido por sus padres entiende que puede confiar en el otro y desarrolla la confianza en las personas, requisito fundamental para la construcción de todo vínculo con los demás. Además, en la familia se cultivan cotidianamente valores indispensables para vivir en sociedad como la fidelidad, la responsabilidad y el sentido de autoridad, según Belardinelli²⁷. En el seno familiar se aprende el significado de la autoridad y de la protección otorgadas por los padres. Se reconoce en la figura de ellos el ser hijo de alguien, el ser generado por otras personas que a su vez están inmersas en una cadena generacional. Se aprende que uno no es un individuo aislado sino que está inserto en una historia que lo excede y trasciende, conociendo así el sentido del pasado. A su vez, a través de los hermanos se experimenta la fraternidad con la inmensidad de valores que comporta: la igual dignidad, el compartir la vida cotidiana con los diversos bienes materiales y espirituales, la paridad de derechos y obligaciones, la amistad y el compañerismo son algunos ejemplos. Finalmente, a través del cónyuge y de los hijos se manifiesta el ser esposo y padre. Es decir, el don sincero de sí, la responsabilidad por el otro, el compromiso, la fidelidad por toda una vida. Se comprende así el sentido del futuro, que complementa al pasado dando paso a una historia compartida por generaciones que se constituye en eslabón fundamental para la formación de la identidad personal. En el tiempo de las identidades cambiantes y consumistas que describe Bauman, en el cual la identidad se construye de modo individualista y autosuficiente con el objetivo de separarse y diferenciarse de la familia y demás referentes, el núcleo familiar se erige como piedra fundamental en el descubrimiento de la verdadera identidad personal. Y ésta para ser humana siempre debe ser relacional.

La familia como escuela de las virtudes sociales está hoy atravesando una profunda crisis cultural que, como explica el papa Francisco:

[...] llega a ser particularmente grave porque se trata de la célula fundamental de la sociedad, del lugar donde se aprende a convivir en la diferencia y a pertenecer a otros y donde los padres transmiten la fe a los hijos²⁸.

Por tal motivo, la familia debe ser tenida en cuenta al momento de pensar la situación de la sociedad, ya que si se desea generar verdaderos cambios en ésta el primer lugar para comenzar es la familia.

²³ JUAN PABLO II, *Mulieris dignitatem* 7 (traducción propia).

²⁴ Cfr. BELARDINELLI (1996: 76).

²⁵ *Familiaris consortio* 43.

²⁶ Cfr. WOJTYŁA (1975a: 1494).

²⁷ Cfr. BELARDINELLI (1996: 100).

²⁸ FRANCISCO, *Evangelii gaudium* 66 (trad. pr.).

Entre las virtudes sociales enseñadas en la familia se pueden distinguir los siguientes principios fundamentales para la vida en sociedad:

- *Dignidad de la persona humana*: como ya se ha desarrollado, gracias al amor que la persona recibe en el seno familiar puede descubrir el inmenso valor que posee sólo por el hecho de existir. Mediante el amor gratuito reconoce el valor inviolable de su dignidad. A su vez, con la convivencia cotidiana y con la acción de compartir la vida en familia comprende que también las demás personas, como los padres y hermanos, son poseedores de una dignidad igual. En este proceso de entendimiento es de gran importancia la educación cristiana que se recibe en el hogar, mediante la cual la persona se reconoce a sí misma y a los demás como hijos de Dios, es decir, de un mismo Padre frente a quien todos tienen la misma dignidad.

- *Bien común*: la familia se presenta como el lugar por excelencia del bien común. Si éste es concebido como el conjunto de las condiciones que permiten a las personas o comunidades alcanzar su propia perfección lo más plenamente posible, el lugar donde se empieza a experimentar el bien común es en la *communio personarum* familiar. Esto comienza ya en el matrimonio: “El matrimonio es: nosotros y nuestro bien. No sólo mi ‘yo’ y tu ‘yo’, sino el deseo del bien común, el deseo de un desarrollo”²⁹. En el matrimonio y en la familia se aprende que el bien común es la comunión de amor que se genera en lo íntimo del hogar, que bien común son las personas, el cónyuge, los hijos. Se pone en común y se comparte la vida, con sus bienes inmateriales como las alegrías, los esfuerzos, las tristezas, las virtudes, la fe y también con sus bienes materiales, comprendiendo que los mismos deben ser ordenados a los participantes de la *communio*. Mediante el amor se comprende que el bien propio depende de que el otro alcance su bien, formando una auténtica conciencia de generosidad.

- *Subsidiaridad*: en palabras de Pío XI debe entenderse como “ayudar en manera suplementaria a los miembros del cuerpo social, no ya destruyéndolo y absorbiéndolo”³⁰. Es decir, ayudar a las personas a que descubran sus capacidades y potencial y que los puedan desarrollar en sus máximas posibilidades. De modo que es contraria toda acción que tienda a anular al otro y a disminuir su desarrollo con el objetivo de manipularlo, sin reconocer su libertad. La subsidiaridad se aprende y ejercita en la familia. El ejemplo más elocuente es la educación que dan los padres a los hijos. La misma debe estar orientada a formar personas maduras y responsables que tengan una conciencia recta y puedan pensar por sí mismas, además de colaborar en que alcancen el máximo desarrollo de sus potencialidades. Pero también la subsidiariedad debe darse entre los cónyuges. Cada uno de ellos recibe al otro como un don que Dios le confía para ayudarlo a lograr una buena vida, la perfección de su persona y la santidad. Esto sólo se logra con un amor de donación generoso que supere todo egoísmo o deseo de dominación.

- *Participación*: cuando hay subsidiaridad se puede lograr la participación de las personas, ya que no esperan que los demás hagan las cosas por ellas sino que se involucran activamente en la vida social. La participación también se comienza a experimentar en la familia. “Todos los miembros de la familia, cada uno según su propio don, tienen la gracia y la responsabilidad de construir la comunión de las personas”³¹. No se trata de que un miembro haga todo por los demás sino de que cada uno, desde su lugar, colabore y participe de la realidad familiar. En la relación conyugal ambos esposos deben trabajar para que su comunión sea cada día más plena, responsabilizándose de sus debilidades y trabajando para ser cada vez mejor persona y mejor don para el amado. La complementariedad del amor esponsal creada por Dios invita a los cónyuges a construir y participar de la comunión aportando cada uno la esencia única e irrepetible de su persona. A su vez, los hijos también deben participar: “Mediante el amor, el respeto, la obediencia a los padres, los hijos aportan su específica e insustituible contribución a la edificación de una familia auténticamente humana y cristiana”³².

²⁹ WOJTYŁA (1960, trad. pr.).

³⁰ PIO XI, *Quadragesimo anno* 80 (trad. pr.).

³¹ *Familiaris consortio* 21.

³² *Familiaris consortio* 21.

- *Solidaridad*: es una virtud moral, no un “sentimiento de vaga compasión [...]”, es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común³³. Debe verse en el prójimo el rostro vivo y sufriente de Cristo y amarlo con el mismo amor con que Él nos amó. Esto implica un sacrificio que antes de llegar a la sociedad comienza a darse en el seno familiar. Los cónyuges a través del sacramento se entregan el uno al otro a semejanza del sacrificio de Cristo por la Iglesia. A su vez, los padres se sacrifican en el cuidado y la educación de los hijos, renunciando a menudo a algunos bienes sensibles y, a su vez, los hijos adultos, a medida que sus padres envejecen, dejan de lado espacios de ocio o bienestar para el cuidado de ellos. Se trata de una solidaridad que se manifiesta en el sacrificio cotidiano de cada miembro de la familia, la cual está lejos de ser un sentimentalismo fluctuante para ser la concretización de una promesa cuyo origen se encuentra en el amor esponsal.

Finalmente, algunos de los valores más importantes de la vida social que se aprenden en la familia son la verdad, sobre la que se debe enseñar a que se la busque y acepte, la libertad, que debe ser reconocida y cultivada en cada uno de sus miembros y la justicia, que debe estar presente en el trato hacia cada integrante.

III.4. La familia en la construcción de una sociedad humana

Como hemos visto en el segundo capítulo desde la perspectiva de Zygmunt Bauman, la sociedad está experimentando numerosos cambios que la alejan de un modelo plenamente humano. Esto queda manifestado, entre otras cuestiones, con la fragilidad que caracteriza a sus relaciones sociales. Se pierde de vista la naturaleza de la persona al desplazar la identidad relacional que le es propia por un conjunto infinito de diversas identidades ficticias. Del mismo modo, se pierde la noción de bien común haciendo desaparecer el espacio público como lugar de experiencia compartida de lo humano, para recluirse en el ostracismo del bienestar individual. En este contexto la familia, como principal agente de edificación de la sociedad tiene un especial llamado a trabajar en la recuperación de los rasgos humanos de la civilización.

La familia no sólo es escuela de humanidad hacia su interior, sino que con su testimonio comunica los valores humanos hacia el exterior, alcanzando un horizonte más amplio. Las acciones de una familia, más que sus palabras, son el mejor modo de transmitir humanidad y de generar cambios en los demás. “La familia cristiana está llamada a ofrecer a todos el testimonio de una entrega generosa y desinteresada a los problemas sociales [...]”³⁴. De este modo, la familia sale de sí misma y comunica con su ejemplo las virtudes sociales a otras familias e instituciones. De hecho, la grandeza del amor conyugal y su fecundidad se manifiestan cuando éste se comunica y expande hacia las demás personas, más allá de los hijos que el matrimonio haya o no tenido. La gracia propia del sacramento brinda gran ayuda para que ese amor trascienda los meros lazos sanguíneos y sea capaz de amar a la gran familia que es la humanidad. Esto lo explica muy bien Juan Pablo II: “A esta ‘unidad de dos’ es confiada por Dios no solamente la acción de la procreación y la vida familiar, sino la construcción misma de la historia”³⁵. Se trata de colaborar no sólo en la formación de la propia familia sino en la formación de toda la sociedad y, a su vez, accionar en la historia de la humanidad. En este sentido, la familia cristiana tiene un compromiso aún mayor ya que “como ‘pequeña Iglesia’ está llamada, a semejanza de la ‘gran Iglesia’, a ser signo de unidad para el mundo y a ejercer de ese modo su función profética, dando testimonio del Reino y de la paz de Cristo [...]”³⁶. La familia se conforma así como uno de los principales agentes de humanización en un mundo que necesita ser colmado del testimonio de acciones concretas de un amor de donación. Amor que es capaz de colmar de humanidad a una sociedad desintegrada e indiferente a la persona humana.

³³ JUAN PABLO II, *Sollicitudo rei socialis* 38 (trad. pr.).

³⁴ *Familiaris consortio* 47.

³⁵ JUAN PABLO II, *Lettera alle donne* 8 (trad. pr.).

³⁶ *Familiaris consortio* 48.

CONCLUSIÓN

En el análisis de la familia que hemos realizado, comenzando desde sus mismos orígenes de la mano de Karol Wojtyła, pudimos observar que ella es una *communio personarum* con la fuerza y la solidez suficiente como para responder a las incertidumbres sociales presentadas por la civilización actual, según la descripción de Zygmunt Bauman. Una de las tantas respuestas que la familia puede dar a la sociedad de hoy en día se encuentra en su misión humanizadora de la persona y de la sociedad, en la cual se ha centrado nuestro trabajo.

Por este motivo, la familia no es un problema para ser resuelto sino la solución a un problema: la deshumanización de la persona, manifestada principalmente en la fragilidad de los vínculos humanos.

En la modernidad líquida las personas han dejado de considerarse capaces de establecer una *communio personarum*, es decir una relación de retroalimentación continua, donde el mensaje transmitido son las mismas personas, que hacen de sus vidas don para otro.

La fragilidad de la modernidad resulta en individuos sensibles sólo a lo contingente, a las emociones y a los sentimientos despertados. Ellos se relacionan de modo análogo a como lo hacen en las redes sociales, se conectan y desconectan. Viven el presente como un todo sin considerar el pasado y con bajas expectativas del futuro. Por este apego contingente a lo efímero se hace difícil al extremo vivir la espiritualidad que tiene la capacidad de trascender aquellas. Nos encontramos, entonces, frente al individuo de consciencia emocionalizada y que vive tan sólo de las sensaciones corporales.

Son estas las razones, entre otras, que incapacitan a las personas a desarrollar una integración de sus dimensiones (espiritual, psíquica y corporal) y a realizar una sincera donación de sí mismas, construyendo la *communio personarum* que les permitirá descubrir verdaderamente su identidad.

Frente a estos problemas que “la cultura del *sign in / sign out*” acarrea, debemos decir que los participantes de la familia no han quedado excluidos. Gran parte de las familias viven la influencia de la modernidad desde todos sus flancos, en especial por parte de los hijos que en las escuelas son adoctrinados por aquella falsa cultura. Ciertamente son tiempos difíciles para la familia. Como afirma Pierpaolo Donati, “Cuando la familia se eclipsa, los símbolos y las formas asociativas de la sociedad siempre corren el riesgo de convertirse en modos de alienar lo humano”³⁷.

Frente a esta experiencia nos preguntamos, ¿cómo podemos afirmar que la familia es escuela de humanidad? La pregunta no es fácil como tampoco lo es su respuesta. Sí, la familia es escuela de humanidad pero, ¿cuál familia? ¿La familia que describe Bauman cuyos miembros no se miran a los ojos porque sólo se concentran en las pantallas o cuya casa es un conjunto de búnkeres individuales? Ciertamente no.

La familia tiene intrínseco el germen del amor que la ha unido desde el comienzo del enamoramiento de los padres, como hemos visto con Karol Wojtyła. El amor conlleva una presencia del amado en uno mismo y la búsqueda de un bien para él que lo promueva como persona. Desde esta base se construye la *communio personarum* familiar. Podemos decir, entonces, que la familia es una *communio personarum* en la que sus participantes están ligados por este bien mayor que es, a su vez, intrínseco en cada mirada, gesto y abrazo. Y actuando de tal manera buscan hacer del otro más humano, es decir que desarrolle su unicidad, aquello que le es propio. En última instancia se está buscando, explícita o implícitamente, que sea feliz siendo como Dios quiere que sea. El amor de Dios se presenta en cada persona en su existencia; sin embargo, el amor particular de Dios es aquello que sólo se encuentra en esta persona específica. Entonces, siguiendo a *Gaudium et spes*, la persona experimenta esta unicidad del amor de Dios para consigo mismo en la relación con el otro, en la donación de uno mismo

³⁷ DONATI (1995: 29, trad. pr.).

y en la aceptación del don del otro: en la *communio personarum*. “¿Por qué, por lo tanto, el amor? Porque en el don que comporta se ofrece la síntesis que permite al hombre dirigirse a su destino, de comprenderlo y de quererlo”³⁸.

La familia es el lugar privilegiado (y el primero) donde se vive esta *communio* en la que cada miembro se siente amado y puede amar de verdad, experimentando así que es único y que esta unicidad está orientada siempre a relacionarse con el otro. Propiamente esto es la humanidad de la que hemos hablado. La humanidad no se mide por la cantidad de relaciones sociales sino por la cualidad del amor que se vive dentro de una *communio*. Pues sólo de esta manera uno es verdaderamente humano: respondiendo a su vocación al amor que inevitablemente tiende hacia los otros. Es de este modo cómo la familia, primera acogida en la existencia, se presenta como escuela de humanidad y constructora de sociedad.

En segundo lugar, debemos responder a la pregunta “¿cuál familia es escuela de humanidad?” La única familia que es escuela de humanidad es aquella que vive el amor seriamente. Aquella cuyos integrantes comparten sus vidas cotidianamente y se miran a los ojos afirmando lo valiosa que es su existencia para los demás. Es escuela de humanidad la familia que tiene una mirada profética y crítica de la realidad; en la que sus miembros se reconocen como amados y únicos; que responde al amor que experimentan dilatando sus horizontes, expresando su fecundidad fuera de ella. Una familia que vive de esta manera es creadora de cultura, de la verdadera cultura que comparte bienes que humanizan a las personas y que las capacitan para construir, aún en contextos líquidos, una sociedad que sea verdaderamente humana.

La sociedad es humana en la medida en que institucionaliza una esfera de relaciones orientadas a la totalidad de la persona en cuanto persona humana: y esta esfera no puede ser otra que la familia³⁹.

³⁸MELINA (2013: 87, trad. pr.).

³⁹DONATI (1995: 29, trad. pr.).

Bibliografia citada

BELARDINELLI, S. (1996): *Il gioco delle parti. Identità e funzioni della famiglia in una società complessa*, Roma, Ave.

——— (2002): *La normalità e l'eccezione. Il ritorno della natura nella cultura contemporanea*, Catanzaro, Rubbettino.

CONCILIO VATICANO II (1999): “Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*”, en *Documentos completos del Vaticano II*, Bilbao, Mensajero, 1999¹⁸.

DONATI, P. (1995): “Famiglia”, en E. SCABINI – P. DONATI (a cura di), *Nuovo lessico familiare*, Milano, Vita e Pensiero.

FRANCISCO, *Evangelii gaudium*.

JUAN PABLO II, *Centesimus annus*.

———, *Christifideles laici*.

———, *Familiaris consortio*.

———, *Lettera alle donne*.

———, *Mulieris dignitatem*.

———, *Redemptor hominis*.

———, *Sollicitudo rei socialis*.

MELINA, L. (2013): *La roccia e la casa. Socialità, bene comune e famiglia*, Cuneo, San Paolo.

NORIEGA, J. (2005): *El destino del eros. Perspectivas de moral sexual*, Madrid, Palabra.

PÍO XI, *Quadragesimo anno*.

WOJTYŁA, K. (1957): “Riflessioni sul matrimonio”, en P. KWIATKOWSKI (a cura di), *Educare ad amare. Scritti su matrimonio e famiglia*, Siena, Cantagalli, 2014.

———, (1958a) “Natale 1958”, en P. KWIATKOWSKI (a cura di), *Educare ad amare. Scritti su matrimonio e famiglia*, Siena, Cantagalli, 2014.

———, (1958b) “Propedeutica al sacramento del matrimonio”, en P. KWIATKOWSKI (a cura di), *Educare ad amare. Scritti su matrimonio e famiglia*, Siena, Cantagalli, 2014.

———, (1959): “Amore e responsabilità”, en P. KWIATKOWSKI (a cura di), *Educare ad amare. Scritti su matrimonio e famiglia*, Siena, Cantagalli, 2014.

———, (1960): *Esercizi spirituali per fidanzati*. Edición: (2013) *Costruire la casa sulla roccia. Esercizi spirituali per fidanzati*, Roma, Punto Famiglia.

——— (1962): “Il problema dell’“educazione sessuale” dal punto di vista della teologia”, en P. KWIATKOWSKI (a cura di), *Educare ad amare. Scritti su matrimonio e famiglia*, Siena, Cantagalli, 2014.

——— (1973), *Esercizi spirituali*. Citas tomadas de las lecciones de P. KWIATKOWSKI. Versión online: <http://www.pastoralefamiliare.ch/wp-content/uploads/sites/38/2015/04/GP2-e-famiglie-18-4-15.pdf>

——— (1974): “La famiglia come «communio personarum»”, en G. REALE – T. STYCZEN (a cura di), *Karol Wojtyła. Metafisica della Persona. Tutte le opere filosofiche e saggi integrativi*, Milano, Bompiani, 2014.

——— (1975a): “Paternità-maternità e la «communio personarum»”, en G. REALE – T. STYCZEN (a cura di), *Karol Wojtyła. Metafisica della Persona. Tutte le opere filosofiche e saggi integrativi*, Milano, Bompiani, 2014.

——— (1975b): *Omelia a Nowa Huta*. Citas tomadas de las lecciones de P. KWIATKOWSKI. Versión online: <http://www.pastoralefamiliare.ch/wp-content/uploads/sites/38/2015/04/GP2-e-famiglie-18-4-15.pdf>

———, (1975c): “Testimonianza ed educazione”, en P. KWIATKOWSKI (a cura di), *Sposi, amici dello Sposo. Omelie su matrimonio e famiglia*, Siena, Cantagalli, 2014.